

Reflexionando con Jeanne Chézard de Matel: Quinto Domingo de Cuaresma A  
*Diario 1 (173)*

Selección de Texto: Hermana Mildred Truchard IWBS

Traducción al inglés y comentario: Hermana M. Clare Underbrink IWBS

La reflexión para el quinto domingo de Cuaresma es el comienzo de un largo discurso que combina los temas de amor y sufrimiento, muerte y resurrección, la motivación y el medio de salvación. Jeanne comienza parafraseando Juan 3:16, indicando que ella tiene la intención de discutir el amor inmenso de Dios hacia los humanos:

Tanto amó Dios al mundo que le dió su Único Hijo para redimirlo. La Sabiduría no ha juzgado que sea bien hablar mucho sobre esto, pero nos lo ha dejado para meditar y cuestionar. ¿Me atreveré a elaborar sobre él tartamudeando lo que me has enseñando?, O Dios-Hombre, quien tanto amó la humanidad.

Jeanne está tan abrumada por el amor de Dios que se siente incapaz de expresar lo que ha reflexionado y meditado. La afirmación de que mucho no se ha dicho sobre “esto” probablemente se refiere a los pocos versos en los Evangelios que hablan directamente de Dios enviando a su Hijo para salvarnos. Hay una alusión en la Parábola de los viñadores (1), pero ninguna otra referencia explícita fuera de Juan 3:16. Cuatro referencias en las Epístolas mencionan a Dios enviando a su Hijo para nuestra redención (2). Jeanne está muy familiarizada con las escrituras, citándolas liberalmente en latín y muchas veces explicando los pasajes en francés. Ella medita tan frecuentemente las Escrituras que se hacen parte de ella (3), y a veces ella hace conexiones entre los versos que parecen tan inusual para los demás. Aquí, ella une a Juan 3:16 con la resurrección de Lázaro. Ella se dirige directamente con Jesús:

Los judíos, viendo tú reacción al resucitar a Lázaro, dicen “¡Mira como lo amaba!”. Tu agitación interior, estremeciéndose en tú espíritu, tu rostro cubierto de lágrimas, hizo que dijeran esas palabras. Yo expresaré lo que pueda, mi Amor. Sera muy poco, pero así como tú, yo lo dejo para que mediten lo que yo no sé ni digo.

La reacción de los judíos, “¡Mira como lo amaba!” resuena en la lectura de Jeanne de Juan 3:16: “Ve que tanto nos ama Dios”. La angustia de Jesús en la muerte de Lázaro prefigura su agonía, motivada por un amor inmenso que le causa a él una gran agitación interior. Jeanne dice que ella tiene muy poco para decir, pero ella sigue adelante con 11 páginas del manuscrito, describiendo la Encarnación y la Pasión de Jesús. Ella se siente inadecuada, como si no subiera lo suficiente, pero Jesús lo sabe porque él lo ha sufrido:

1- Ver Mc 12:6 y se paralela en Mt 21:37 y Lc 20:13. Interesantemente, en la parábola, el dueño de la viña piensa que los viñadores respetarán a su hijo, pero al contrario lo matan.

2- Ver Rm 8:3, 13; Gal 4:4-5, 1 Jn 4:9-10. Ciertamente uno podría mencionar también la carta de los Hebreos, y el himno Cristológico en Fil 2, comoquiera, en estos es Jesús quien libremente se ofrece a sí mismo, no es Dios quien envía o da a su Hijo.

3- Esto es inusual para una mujer de su tiempo, realmente para cualquier místico, hombre o mujer. Su habilidad para leer, escribir, y comprender latín, y su destreza de la Escrituras son increíbles. También, adonde muchos místicos se apoyan exclusivamente sobre las revelaciones de Dios en sus oración y usan las escrituras solamente para apoyar o confirmar su autenticidad, la experiencia mística de Jeanne incluye un mandado de Dios para ir a las escrituras para encontrarlo. Esto la pone en una posición única sobre los místicos del periodo moderno, y puede ser que hasta el periodo contemporáneo.

Tú lo conoces y lo has sufrido porque fuiste hecho Rey desde el día que tomaste nuestra naturaleza: Rey de los mártires, Rey de los afligidos y el Único afligido por tus súbditos, por la prescripción de tú divino poder contra la fragilidad humana, de la sabiduría divina contra la locura humana, de bondad divina contra la malicia humana.

Ella usa la oposición poética para subrayar la necesidad humana para la salvación y el don total y gratuito de Dios. Ella usa una descripción clásica (Anselmiana) de la “teoría satisfacción” (4) para explicar la Encarnación y la Redención de Cristo:

La naturaleza humana, habiendo violado la dignidad divina, fue incapaz de cargar con el dolor debido por sus crimines. ¿Qué dices, viendo la humanidad bancarrota, incapaz de sufrir la dureza del castigo que amerita? “Aquí estoy, envíame, mi Padre. Yo iré.”

Lo que Jeanne añade a la discusión clásica es un enfoque fuerte sobre el amor de Dios. Dios nos amó tanto que envió a su Hijo. Jesús nos amó lo suficiente para hacerse uno de nosotros, para tomar nuestros pecados, para morir por nosotros. Él lo hizo, no por necesidad (por qué éramos muy frágiles para hacerlo nosotros mismos), y no solamente por obediencia (porque el Padre lo envió). Él lo hizo voluntariamente, por un amor excesivo.

Jeanne continúa por diez páginas más, hablando sobre la Encarnación y la Pasión, pasando por toda la historia de salvación forjado por el amor increíble de Dios. Ella termina con una oración, deseando ser transformada en Cristo, y citando (en latín) la carta de Pablo a los Gálatas:

Que sea yo completamente transformada en Jesús crucificado, afligida en cuerpo y alma y en la reputación, que mí amor sea crucificado. Yo me adjunto a tú cruz, O mí rey. Yo pierdo mi vida en la tuya. Yo me atrevo a cantar el triunfo de mi gloria: “ahora no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2:20). Amén, Amén. Que mi corazón sea así, te imploro por todo lo que eres (183).

Al prepararnos para revivir la Pasión de Cristo durante las próximas semanas, que también, nosotros, estemos llenos de ese deseo profundo de ser transformados por el amor de Dios para que estemos dispuestos a darnos totalmente.

4 San Anselmo, en *Cur Deus Homo*, explica tanto la Encarnación como la Pasión al decir que la muerte de Jesús es solamente salvífica porque él es humano y Dios. Los humanos solos no podrían hacer satisfacción a Dios (pagar la deuda de nuestros pecados), porque Dios es mucho más arriba de nosotros. Dios no lo podría hacer en sí mismo, porque la ofensa fue cometida por los humanos, por lo tanto, la deuda tenía que ser pagada por alguien que era tanto Dios como humano. Por eso, según Anselmo, Dios se hace carne en Cristo Jesús, para que pudiera expiar nuestro pecado.